

Aniversario de la ordenación de la primera generación de diáconos permanentes. 15 de octubre de 2012. Jn 13. 1-15

El Señor actúa no en el sentido de una representación, sino que está en permanente actividad: todos sus gestos, así como sus palabras, tienen un significado que va más allá de nuestra inteligencia y nuestra capacidad de percibir. Todos sus actos son importantes y están llenos de significado, porque apela a todos nuestros sentidos para que lo entendamos. Aun sabiéndolo, gente tan cercana como sus discípulos, como Pedro, no llegan a comprenderlo del todo, ni dejan de sorprenderse, aunque estén dispuestos a aceptar lo que diga el Señor. Lo vemos aquí. ¿Qué es esto de lavarme los pies a mí?, le pregunta Pedro. ¿Por qué quieres hacer esto, Señor? ¿No te das cuenta? Sabemos que tú eres el Maestro, ¿cómo puedes adoptar esta actitud de servicio, propia de los siervos, de los sirvientes de la casa? ¡No, yo no lo puedo permitir!

Y sin embargo el Señor le da una respuesta muy clara, que no puede rechazar, ya que hay muchas cosas que no entiende, pero de una cosa está seguro, ha de seguir al Señor donde vaya, en lo que haga, precisamente porque él es el Cristo, el Maestro, es el Señor. Esto es lo que mueve a Pedro que inmediatamente acepta dejarse hacer lo que Cristo disponga: «**Si no te lavo, no tienes parte conmigo**».

Hay algo que va más allá de los motivos de Pedro, algo muy profundo que Jesús quiere remarcar y trata de enseñar: cuál habrá de ser la actitud de quien dirige, de quien gobierna, de quien tiene autoridad en la comunidad. Él es el Señor y el Maestro, es el Salvador, el Hijo de Dios vivo, y actúa de esa manera: **Les he lavado los pies, ustedes deben lavarse los pies unos a otros. Porque les he dado ejemplo, para que también ustedes hagan como yo lo he hecho con ustedes.**

La enseñanza de Jesús nos pide tener una permanente actitud de servicio a los demás; quien es discípulo de Jesús debe ser capaz de seguir ese ejemplo. No se trata sólo de un gesto, se trata de una actitud permanente; de un modo de vida. Conocemos esta expresión: “el que no vive para servir, no

sirve para vivir". Es así de concreta la palabra evangélica. Jesús resume en este gesto la que ha sido su actitud durante toda su vida, dándonos ejemplo. Ahora ya sabemos lo que debemos hacer. Esta actitud de servicio ha sido puesta por el mismo Jesús y si pretendemos ser sus seguidores, debemos imitarla. No es cuestión de aparentar, sino de ser. Son nuestros actos los que nos revelan como cristianos.

En la medida en que actuamos como imitadores de Jesús lo damos a conocer a nuestros hermanos y en esta medida estamos colaborando en la construcción del Reino de Dios; sólo así podemos considerarnos discípulos y enviados: ésta es la exigencia de hoy y de siempre. ¿Estamos dispuestos a asumirla? No dudemos más, porque aquí el Señor nos ha dado todas las respuestas y ha sido muy claro; no hay lugar a confusión. Jesús con todos ha actuado igual, a todos ha servido en forma semejante, ante todos se ha inclinado para cumplir el más humilde de los servicios: lavar, sanar, perdonar, consolar.

El sentido profundo de estos gestos escapa nuestra comprensión, pero no podemos desatender su invitación y mandato: ***les he dado ejemplo, para que también ustedes hagan como yo he hecho con ustedes***: no es una ficción o un simbolismo; es una actitud real, que debe servirnos de ejemplo en la vida diaria, con todos, siempre y sin distinción. Jesús nos ha dado el ejemplo, ¿estamos dispuestos a seguirlo? En torno a esto queremos meditar el día de hoy. Revisemos si estamos actuando de este modo en cada uno de los servicios y ministerios que se presentan cada día. ¿Estamos siempre dispuestos a servir?